

Promesas de silencio: Silvina Ocampo en 2011

Esteban Leyes

Cero.

La novela *La promesa* se publicó dieciocho años después de la muerte de Silvina Ocampo. Su edición y prólogo estuvo a cargo de Ernesto Montequín. Allí se explaya sobre los avatares de la novela, a la que la autora se dedicó con intermitencias durante veinticinco años. Su ordenamiento formal, a manera de “diccionario de recuerdos”, posibilitó la extracción de diecisiete de sus episodios, que fueron incluidos en el libro *Los días de la noche* en 1970, incluyendo uno que se encuentra en ambos textos. Esta operación, además de cíclicas reescrituras, y diversos nombres barajados para la novela, dan cuenta del lugar que ésta tuvo entre sus trabajos *en proceso* durante la última etapa de su vida. Mientras la enfermedad la acechaba, y su memoria la iba abandonando, Ocampo compone la historia de una mujer que cae al mar desde un transatlántico y va muriendo de a poco, mientras se aferra a sus recuerdos. El libro, quizás en un giro fantástico, resulta parte de la promesa que le hace a Santa Rita a cambio de su salvación, y a pesar de su condición de analfabeta.

La promesa fue editado por Lumen, como primera entrega de una renovada “biblioteca de autor” que consignó como plan subsiguiente la publicación de otros tres libros inéditos. La derivación de la antigua “biblioteca Silvina Ocampo” que llevaba adelante Editorial Sudamericana, ilustrada con dibujos de la autora, por la nueva de Editorial Lumen, integrante del mismo consorcio editor, no es un detalle menor. En este nuevo formato, las portadas ilustradas estrictamente con fotografías en blanco y negro de la autora, combinan el fondo del título del libro con los marcos blancos de sus lentes.

El creciente interés editorial se expresa también en la edición de sus *Cuentos completos* y *Poesía completa* en EMECÉ, con lo cual los textos de Ocampo se ofrecen simultáneamente en distintas presentaciones por dos editoriales diferentes en cualquier librería, situación inusual en la literatura argentina contemporánea. La respuesta del público

no se ha quedado atrás, por lo que las sucesivas ediciones se agotaron en los últimos diez años.

Entre febrero de 2011, mes en el que el libro sale de imprenta, y abril del mismo año, los suplementos culturales de los diarios más importantes del país le dedican un lugar central, ilustrándolo con fotos o retratos de la autora, postulándolo como una de las novedades más destacadas del año.

Uno.

Las lecturas que proponen los distintos suplementos culturales se centran mucho más en la figura de la autora que en sus textos. Sin embargo, la postulación de una obra singular y su celebración se lee frecuentemente en las frases “los mundos de Silvina Ocampo” o “universo Ocampo”.

Esta metáfora que podríamos llamar “astronómica” intentaría dar cuenta de una constelación de personajes, espacios y situaciones que se relacionan mutuamente. Al asignarle el nombre de la autora a un “mundo” o “universo” se intenta explicar por analogía algo semejante a la *función-autor* descrita por Michel Foucault. Se trata del principio de clasificación que agrupa los textos en torno a un nombre propio y lo relaciona con una serie de características que los describe y especifica:

Entre lo hilarante y lo onírico, los mundos de Silvina Ocampo son a la vez domésticos y fantásticos; los personajes, ingenuos y salvajes¹

Se concentra en *La promesa* todo el mundo de Silvina Ocampo, con sus seres singulares – sus infantes que sufren o propinan las crueldades de la inocencia escandalizada, sus trágicas mujeres frívolas, sus machos objetos sexuales – y su fulgurante estilo²

¹ Zangrandi, Marcos “Silvina Ocampo: el libro del naufragio” en *Cultura Los andes*, suplemento cultural del diario *Los Andes*, Mendoza, 23/04/11.

² Nilda Somer “Náufraga en un mar de memorias” en “Artes y letras”, sección cultural del diario *El Litoral*, Santa Fé, 26/03/2011.

Esa confluencia argumenta la obra, y en el límite de sus distintos textos se consolida el autor. Como señala Foucault: “el nombre de autor no va, como el nombre propio, desde el interior del discurso al individuo real que lo produjo, sino que de alguna manera corre en el límite de los textos, los recorta”³.

La metáfora “astronómica” sitúa los textos en la obra y le asigna un lugar en su interior: “muchos de los personajes de *La promesa* podrían integrar el universo de *Los días de la noche* (...) aunque también se sentirían cómodos en *Viaje olvidado* o en *Cornelia frente al espejo*”⁴. Esta operación coteja la producción de Silvina Ocampo más allá de una línea cronológica, basándose en parámetros estéticos que la atraviesan desde su primer libro al último, y los sitúa en contacto con distintos puntos de su narrativa.

Una segunda metáfora refiere, ya no puntualmente a la obra de Silvina Ocampo, sino a su proceso de escritura. Al menos sugestiva, la elección en este caso podría ser llamada metáfora de “nobleza”. *Reina*, ese sustantivo que asociamos rápidamente al nombre propio “Victoria” y no a “Silvina”, despliega un campo semántico ligado a la idea de clase y de exclusividad. Al mismo tiempo, que consolida un intento de desplazamiento, que pretende reubicar a la autora en el canon.

Ya no se trata de una descripción de textos, sino de la referencia a la realización de los mismos. El significado de esta metáfora no se torna analógico, y no pretende caracterizar y acotar un grupo de textos, sino dar cuenta de ciertas condiciones y características de su producción: “En el reinado de Silvina, la metáfora es su forma natural de estar en el mundo”⁵. Una categoría del orden del lenguaje, caracteriza el modo de “estar en el mundo” de la autora. Por un momento, en medio de las incesantes referencias biográficas que se suceden en estas reseñas, el espacio de Silvina Ocampo es el de la escritura. Así: “hasta en ese dominio, su dominio, la reina sabía que estaba amenazada. La

³ Foucault, Michel *¿Qué es un autor?*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2010.

⁴ Ídem nota 1. (El subrayado es mío)

⁵ Frieria, Silvina “La gran revancha póstuma de una escritora ‘íntima’”, en suplemento Cultura y espectáculos del diario *Página12*, Buenos Aires 4/03/11.

acosaba el temor de no llegar a terminar lo que estaba haciendo: un cuento, un poema, una fotografía no revelada, un retrato."⁶

"El mundo", dentro de la "metáfora de nobleza", ya no hace referencia a la obra –ya que "la obra no expresa una individualidad singular"⁷– sino a aquello que en la vida del autor resulta pertinente para definirlo como tal. Las motivaciones se encuentran también allí, y suspenden una vez más la catarata biográfica. Esta articulación aparece rápidamente en todas las reseñas, cambiando de lugar el foco, para concentrarse en su autora. Pero no en ella como su *imagen de autor*, sino, en palabras de Agamben, como "ese gesto ilegible, ese puesto que permanece vacante y hace posible la lectura".⁸

En esta instancia resulta innegable que entre todos los críticos parecería haber un consenso en la necesidad de dedicarle más espacio a la celebración de la autora que a la de su obra. Ésta última aparece como algo que ya está claramente legitimado y establecido dentro del canon de la literatura argentina. Por un lado se la ubica con total naturalidad: "Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo formaron durante mucho tiempo un trío literario."⁹ E incluso planteando una superioridad en términos estéticos: "Pero Silvina nunca se sintió del todo cómoda. Tenía una sensibilidad mucho más amplia y afinada que la de Borges y la de Bioy".¹⁰ Por otra parte, la reseña de Nilda Somer en el diario *El Litoral*, una de las más arriesgadas, la ubica en un lugar muy distinto del canon, junto a dos autores tres décadas más jóvenes que ella: "se instala como componente de una veta de gran literatura, que trabajarán como motivo esencial Manuel Puig y Copi."¹¹

Luego de situarla en el canon y afirmando cabalmente su contemporaneidad¹², los críticos rigurosamente tratarán de explicar por qué no logró la fama que *realmente merecía*. O al menos, por qué su nombre no parece entrar tan cómodo entre los otros.

⁶ Becaccece, Hugo "Silvina Ocampo inédita" en adn cultura, suplemento cultural del diario *La Nación*, Buenos Aires, 25/02/2011.

⁷ Chartier, Roger "El poder, el sujeto, la verdad. Foucault lector de Foucault" en *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, Manantial, 2003.

⁸ Agamben, Giorgio "El Autor como gesto" en *Profanaciones*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2009.

⁹ Ídem nota 6

¹⁰ Íbidem

¹¹ Ídem nota 2

¹² Caligaris, Hugo, "Silvina Ocampo: una escritora contemporánea" Editorial en adn cultura, suplemento cultural del diario *La Nación*, Buenos Aires, 25/02/11.

Los críticos concuerdan en que la obra de Silvina Ocampo no necesita ninguna legitimación. Comprende un universo propio y singular, que parece fascinar a más de uno de ellos.

Dentro de este posicionamiento, se apunta la poca visibilidad de la obra de Ocampo en términos de ocultamiento: "Eclipsada por su hermana Victoria"¹³ "Solapada por su círculo familiar"¹⁴. Así, se pretende argumentar, aunque parece también reprocharse, que Silvina haya sido "la única integrante del grupo Sur que no había sido tocada por la fama"¹⁵.

Por último, los lectores también tienen su lugar en el discurso de la crítica. Con ellos aparece la última metáfora en la que nos detendremos. Como si de textos místicos o religiosos se tratara, los lectores serán caracterizados como "sus devotos"¹⁶. Un grupo reducido y también expectante del éxito de su autora: "un puñado de feligreses que esperan el gran batacazo".¹⁷

Esta metáfora religiosa configura un conjunto exclusivo de lectores, que por contrapartida se presentan como fervientes seguidores y que comparten con los críticos, además de esta lectura de *iniciados*, la expectativa por un mayor reconocimiento público de la autora.

Conclusión.

El discurso de la crítica se sirve de metáforas que se convierten en dispositivos, y explicitan las prácticas de lectura con que interviene en la institución literaria. Así, se postula una obra como un universo singular, se corona a su autora y se congrega a sus lectores.

Si bien ningún crítico menciona a Silvina Ocampo como una "autora de culto", sino como "escritora íntima" o "autora menor", sus lectores serán sus "devotos".

La autora se ubica en el canon sin discusiones y se la destaca en los más altos circuitos de la literatura argentina. Su poca visibilidad se adjudica a la desmesurada

¹³ Ídem nota 5

¹⁴ Ídem nota 1

¹⁵ Ídem nota 5

¹⁶ Rodríguez, Emanuel "Me abandono a la deriva", en Libros, suplemento cultural del diario La voz del interior, Córdoba, 11/03/11

¹⁷ Ídem nota 5

notoriedad de sus íntimos. Y su lectura creciente al descubrimiento que ellos mismos y las editoriales propician, junto al impulso de sus "feligreses". Nos interesa destacar esta especie de alianza que resulta de la "metáfora religiosa". La misma ofrece a los lectores la idea que junto con la crítica, son parte de un movimiento de reubicación de la obra de la autora en el canon nacional.

Sobre estas tres metáforas se consolida la imagen que Silvina Ocampo presenta a casi veinte años de su muerte. En primer lugar sus textos confluyen en una obra homogénea, pero puntualmente, esta novela póstuma se ubica en ella en relación a sus dos extremos, con lo que aporta un eslabón que termina de completarla y a la vez ayuda a comprenderla mejor. En segundo lugar, la *imagen* de la autora aparece como una reina que hace y deshace en sus dominios, agregando y quitando capítulos de esta novela, superponiéndolos con textos aparecidos en libros de cuentos.

En los límites de sus textos, el autor aparece caracterizado tanto en la relación de sus trabajos entre sí, como en la forma en que estos apuntan a él. En su *reinado* la metáfora es un "modo de estar en el mundo". Silvina Ocampo escribe porque no puede soportar la idea de no concluir su novela.

Pero la metáfora religiosa es la más reveladora, porque agrupa las instancias de lectura del público y la crítica ubicándolas en un espacio común. Hay algo en esa obra que los equipara, un poder que convierte a cualquier lector de Silvina Ocampo en un lector *distinto*, al convertirlo en parte de un selecto grupo de iniciados.

De manera transitiva, la exaltación de Silvina Ocampo no podría ser mayor. Ponderar al lector por ser *devoto* de un autor, es quizás el mayor halago que puede hacersele a este último.

Claramente, podemos observar la intervención en el campo literario, que se expresa en el pedido de mayor visibilidad de la autora, esgrimido en las páginas de los suplementos culturales más masivos del país. En este caso en particular, vemos de qué manera la crítica estructura sus argumentos, convocando, además a los lectores a *dar fé* de la pertinencia de sus operaciones. Así, el texto, la autora y su público, conforman un *mundo*, su *reina* y sus *devotos*.